

Cuba Contemporánea  
Tomo XVII  
Hasta el mes de Mayo de 1873  
Número 2  
ARTÍCULOS DE MARTÍ

LA SOLUCION



El gobierno de la República es un gobierno nuevo; nueva, pues, y lógicamente distinta de las anteriores, ha de ser su política en los asuntos cubanos.

No he de andar aquí pródigo de comentarios. Tan rápidamente se precipitan los sucesos; tanta luz de verdad los ilumina, que más que yo ellos han de decir lo que *La Cuestión Cubana* entiende, como yo lo entiendo, y lo entienden todos los que inspiran su patriotismo en las necesidades de su patria y la razón.

(\*) A la bondad del señor Director de la Biblioteca Nacional, nuestro estimado amigo D. Domingo Figarola-Caneda, debe CUBA CONTEMPORÁNEA la satisfacción de ofrecer a sus lectores estos dos admirables artículos de José Martí. No aparecen en ninguno de los volúmenes que del Maestro editó Gonzalo de Quesada; y creemos, como quien nos ha hecho la merced de facilitárnoslos, que en Cuba no son conocidas estas fogosas páginas publicadas, respectivamente, en el periódico *La Cuestión Cubana*, de Sevilla, España, números del 26 de abril y 26 de mayo de 1873.

Que la divulgación de estos dos valientes y valiosos trabajos, donde aparece Martí, como siempre, luchando por la independencia de Cuba, sea como un homenaje a la excelsa memoria del que fué alma de la Revolución de 1895, y también a la inolvidable de cuantos iniciaron hace medio siglo, con la gran Revolución de los Diez Años, la incesante, cruenta y tenaz brega por el establecimiento de la República en nuestra patria; homenaje que CUBA CONTEMPORÁNEA les rinde de todo corazón, en el cincuentenario de la gloriosa fecha del 10 de octubre de 1868, al propio tiempo que honra este número publicando un excelente retrato del inmortal caído en Dos Ríos.

LIBRERIA DE DON  
DOMINGO FIGAROLA  
CALLE DE...  
N.º 14

Ni hemos de necesitar insistir en la exigencia de que el gobierno que promete al país el planteamiento de un sistema regenerador, lo plantee en lo que a Cuba toca con toda la lógica precisa y toda la honradez valerosa que el sistema que promete reclama. Harto vacilante anda el Gobierno, harto tímido en todo lo difícil, harto silencioso en la cuestión de Cuba, para que no temamos que esta vez, como tantas otras veces, el clamoreo de la honra de oro se imponga y apague la voz de la verdadera honra. ¡Tanto se ha extraviado la firmeza de sus convicciones! ¡Tanto olvidan siempre, por exigencias extrañas, convicciones propias los que en España disponen del poder! ¡Tanto tememos de quien hasta ahora vacila, de quien vacila todavía en dar a la cuestión ensangrentada de la Antilla el carácter que necesariamente se desprende del sistema nuevo que ha entrado a gobernar!

\*

O es vigoroso, o está mal seguro de su vigor el Gobierno.

Si sabe que es fuerte, si sabe que él es el país, si sabe cómo los hombres enérgicos y honrados llevan en todas las cuestiones el sistema a la práctica, si sabe que sólo así conquistan los gobernantes respeto y gloria; si todo eso sabe, y autoriza todos los tremendos dolores de la Isla, y los auxilia, y los prosigue, el Gobierno será entonces cobarde,—más que cobarde será el Gobierno.

Si sabe lo que su deber le impone, y cree que debe cumplirlo, y no lo cumple, confiesa así que vive vida mísera, sin fuerza y sin vigor.

¿No impone el sistema republicano, el sistema del respeto a las decisiones del sufragio, deberes al Gobierno en la cuestión de Cuba, deber de reparar males pasados? Traidor a la República será el Gobierno, traidor al sentimiento de humanidad, traidor a las necesidades de su conciencia, traidor a la dignidad y a la honradez, si no cumple todos los deberes que el sistema de la República impone.

¿No es razón la República? ¿No es sufragio? ¿No es respeto a la decisión popular? ¿No es libertad para los que merecen ser libres? ¿No es manera patriótica—que no ha de excluir para serlo lo justo ni lo recto—de resolver las cuestiones que las simpatías de los pueblos republicanos acogen y secundan?

O así resuelve estas cuestiones el Gobierno, o así respeta el sufragio, o así va a buscar sus determinaciones para el pueblo en lo que el pueblo decida, o desmiente, si no lo hace, todos los derechos que la alimentan, todos los principios que la fundan.

\*

La honradez no es la debilidad, no es la cobardía, ni es el consejo pusilánime que se pide a los adversarios, ni la resolución que se inspira en lo que los adversarios quieren.

La honradez es el vigor en la defensa de lo que se cree, la serenidad ante las exigencias de los equivocados, ante el clamoreo de los soberbios, ante las tormentas que levanten los que entienden mejor su propio provecho que el provecho patrio.

Cuba se alzó, con más fe republicana que España, porque se alzó antes que ella, para conquistar los mismos derechos que la República conquista. ¿Qué tiene entonces que combatir España en Cuba?

Pero dicen que Cuba se alza, no por la República sólo, sino por la República contra España. ¡Cómo! Y ¿queréis vosotros, los hijos del sufragio y de la razón, gobernar a Cuba contra la razón y contra el sufragio, dominar a Cuba por la devastación y por la fuerza?

¡Cómo! ¿Vosotros, hijos de la República, ahogareis en sangre la petición de Cuba, petición de derechos y libertades republicanas? ¡Fratricidas e infames si por más tiempo la ahogáis!

Pero dicen que Cuba tuvo razón cuando se alzó contra España opresora y monárquica, que Cuba no tiene razón ahora que se alza contra España liberal y republicana. Y ¿por qué no os alzasteis al mismo tiempo que ella? ¿por qué no defendisteis con ardor sus libertades? ¿por qué no tuvisteis siquiera el valor de decir que tenía razón? ¿por qué fuisteis tan complacientes con la infamia? ¿por qué queréis que un pueblo que sabe defender con tanta energía su independencia, quede sujeto a la suerte de un país cuya salvación ni vosotros mismos podéis conseguir; que un pueblo tan decidido y tan firme se conserve contra su voluntad subyugado a un pueblo que no tiene en sus mismas cuestiones decisión, firmeza?

Y sobre todo: sobre estas razones de tiempo, sobre todos estos

derechos adquiridos por constancia y por los años que quiso Cuba adelantarse a vosotros, ¿vale la posesión de Cuba que la posean contra su voluntad, por derecho de sangre y por la fuerza, por un nuevo derecho de conquista, si execrable en todos los tiempos, doblemente en vosotros execrable?

Si queréis poseerla así, si podéis seguirla poseyendo, poseedla. Yo tendría un remordimiento eterno en conservar aquello cuya conservación me costara verter sangre noble y vigorosa de hermanos míos.

\*

Y no podría tampoco el Gobierno evitar que al fin lograse Cuba la independencia por que lucha.

Si la escasez de las desventuradas tropas no bastara, las cuestiones tenebrosas de Hacienda bastarían.

Tropas desventuradas las que allí van a morir, tropas engañadas, que no combatirían si supieran bien por qué combaten, como no os atreveríais a combatir vosotros, hijos de la República que estáis en el poder,—porque sería demasiado peso de infamia para vuestra historia de mañana. Y enviáis, sin embargo, hermanos nuestros, enviáis españoles a que luchen y a que mueran por lo que vuestra conciencia os dice que no deben luchar ni morir, por lo que vosotros—yo os lo vuelvo a asegurar—no tendríais decisión bastante para luchar jamás.

\*

El Gobierno no ha podido enviar este año a Cuba, no ya refuerzos para continuar la lucha, sino los soldados necesarios para cubrir las bajas. Los insurrectos, sin embargo, no ceden en su empeño, y se muestran ahora más que nunca fuertes y potentes.

El Gobierno necesita enviar, pues, para dominarlos, algo más que las tropas suficientes para que repararan las bajas del ejército. Los insurrectos de Cuba también reciben soldados nuevos que reparan las bajas en su filas, si no tan abundantes en número, equilibrados con ellos por la protección del clima a que están acostumbrados, de los naturales que los aman, y del entusiasmo fecundador que los anima.

Enviando, por tanto, el número exacto de soldados para

cubrir bajas, el Gobierno no lograría más que mantener la guerra en el mismo estado en que la ha mantenido hasta hoy.

¿A qué demostrar que para tener alguna probabilidad de triunfo contra aquel pueblo que ni cede, ni teme, ni descansa, había de enviar el Gobierno refuerzos de tropas, mayores que los que en vano le han pedido de Cuba?

Y no ha enviado estos refuerzos, no ha enviado siquiera el número necesario para reponer las pérdidas de las tropas: no ha enviado más que una parte pequeña del número pedido, como indispensable, de Cuba.

Los insurrectos han recibido refuerzos por su parte. Y yo aseguro al Gobierno que no serán estos refuerzos los últimos que reciban.

El Gobierno, pues, hoy por hoy, no consigue mantener en Cuba, como hasta ahora la mantuvo, la guerra; no sólo no ha podido enviar número bastante de soldados para aumentar sus probabilidades de victoria, sino que ni aun ha podido enviar el necesario para reponerse de sus pérdidas pasadas.

Y no se diga que quizás contribuya a esta escasez la necesidad de mantener las tropas en España por la sublevación carlista. ¿Permitirán, acaso, terminada la sublevación, las discordias de España que en largo tiempo se separe de ella el escaso ejército que hoy paga el Estado? Para España no podría desaparecer sin riesgo de correr gravísimos peligros.

No se diga que los voluntarios retribuidos suplirían al ejército que estuviese atado a la Península por sus contiendas continentales. ¿Daría el alistamiento nuevo más resultados que los que ha dado hasta ahora? No los daría, que la retribución no basta ciertamente a borrar de los voluntarios el temor de perder infructuosamente sus vidas.

Ni se diga tampoco que la guerra de Cuba concluirá ahogada por un alzamiento nacional. La nación no se alzaría, porque andan en España muy divididas las opiniones sobre Cuba, porque no pocos admiran la resistencia heroica de los cubanos, porque muchos entienden la justicia de su alzamiento, porque es cosa ya rara que alguien le niegue algún derecho para levantarse.

La nación no se alzaría, puesto que la nación es republicana, como asegura el Gobierno de la República; y si sus compromi-

sos especiales pueden estorbar al Gobierno, la nación, que sólo tiene compromisos con su honra, no querría mancharse con mancha de fratricidio.

No se alzaría la nación. Y si se alzara engañada, no tardaría en volver arrepentida sobre sus pasos, como quisieron volver al llegar los voluntarios catalanes republicanos, aquellos voluntarios que lenguas del Gobierno dicen, y el Gobierno sabe que dicen bien, que fué necesario prender antes de salir a campaña por sus manifestaciones favorables a la insurrección, arengar y sofocar su permanencia en La Habana, y volver a traer presos más tarde, cuando hubo, según lenguas del Gobierno dicen, alguno que no quiso *pelear contra sus hermanos*. Y no diré yo que muchos se pasaron al campo de la insurrección, porque no podría confirmarlo ni probarlo.

Y, al fin, si la nación engañada se alzara, la emigración cubana se alzaría; lo que en algunos ha sido hasta ahora simpatía ferviente, sería entusiasmo que correría a luchar; los que hasta ahora fueron sostenedores con su peculio, serían entonces sostenedores con su sangre; todos los que no luchan irían de una vez, e irían a un tiempo, y no tardarían mucho en ir, a reunirse con los que luchaban ya; y caerían potentes y rápidos y compactos sobre la nación alzada; y no es probable que se alce, que no podría por su parte caer sobre Cuba tan rápida y compactamente como ellos; que no podría llevar a Cuba, España desconfiada y desmembrada como está, ese inmenso ardor patriótico y ese empuje soberbio y vigoroso que sólo tienen las guerras en que los pueblos luchan por conseguir al fin su independencia.

¿No recuerdan los españoles cómo lucharon ellos contra los franceses? Así luchan, así lucharán siempre, así lucharían los insurrectos contra ellos.

¿No saben ya los españoles cómo una guerra de independencia es invencible; cómo si cae una vez subyugada y vencida, ayudada por la experiencia primera, exaltada por las victorias de los déspotas, se alza otra vez con más potente impulso y más seguros y decididos movimientos?

Aunque la nación se alzara, no vencería, pues, la voluntad unánime de Cuba.

Aunque la venciera, la voluntad que no se extermina, sino se comprime y se subyuga, surgiría de nuevo con todo ese vigor y esa potencia con que surgen las cosas comprimidas.

A más, es malvado que la República combata a la República, sólo porque la combatida tuvo el valor de despertar primero que ella a los latidos de su corazón esclavo y torturado.

Es repugnante, a más, es cruel, es imposible que la República de España conserve tierras por execrables derechos de conquista.

Y es también cosa de rudísima crueldad en los españoles que envíen otros españoles empujados e inconscientes a combatir por lo que los que los envían no se atreverían a combatir jamás, por lo que los míseros españoles empujados, españoles pagados para matar y dejarse matar, no combatirían por cierto si alguna vez supieran qué era lo que combatían.

Y habrá quien se lo haga saber.

Y he de hacer ahora brevísimas consideraciones sobre el estado de la Hacienda.

De dos Tesoros podría surgir alimento para los gastos de la guerra en Cuba. Podría pagarlos la Hacienda de la Península. Podría seguirlos pagando, como hasta aquí, la Hacienda de la Isla.

Los peninsulares de la Isla, interesados primero en el triunfo del Gobierno—y yo no me he de ocupar en hablar de aquellos altos Jefes españoles de voluntarios a quienes altos miembros del Casino Español han dicho en los periódicos peninsulares que son ellos de aquellos que, fingiendo ardor por extinguir la insurrección, la alimentan porque les produce, y enriquecen rápidamente a su sombra—; los peninsulares, excepto éstos, de la Isla son los llamados a agotar todos sus recursos para aplicarlos a las necesidades de la lucha. Pero, ¿durarán mucho tiempo los recursos de los peninsulares antillanos? ¿Querrían prestarlos por más tiempo de los que con tantos afanes han logrado para sí, y de los que a cuenta de mayores adelantos después de la victoria han dado hasta hoy, seguros de ella, los que ya dudan y desesperan, y no ocultan por cierto su desconfianza? ¿Se ha cubierto el *empréstito voluntario*? ¿No se rebelan contra el *empréstito forzoso*? ¿Acaso no es verdad que

del empréstito de veinte millones sólo se han reunido siete millones y medio? ¿Acaso no es verdad que ese empréstito se anunció como de urgencia tanta, que sin él no era posible terminar la guerra, y que con él se terminaría? ¿Acaso no es verdad que, a pesar de este angustioso llamamiento, no se ha cubierto más que la tercera parte del empréstito?

¿No muestra esto la desconfianza de los peninsulares de la Isla en el triunfo? ¿No dice esto de clarísima manera lo que puede esperar ya la lucha, si dura con algún tiempo, del Tesoro de la Isla; alimentado hasta hoy por los que hoy se niegan ya a alimentarlo?

El Gobierno en Cuba ha pedido sin éxito la acogida a un esfuerzo supremo para terminar la guerra. El esfuerzo supremo no ha sido ayudado por la parte del país que lo había de apoyar. El Gobierno, pues, no puede imponer a la guerra sino la marcha lenta e imponente que este fracaso económico arrastra.

Y esto respecto a la Hacienda de la Isla. Y esto, si es para España desconsolador, no es por eso menos real. Todos saben que esto es real. Busquen, pues, la solución digna,—que en la guerra de mi patria sólo hay una digna solución a la catástrofe cercana del crédito en la Antilla.

\*

Pero, ¿puede mantener la guerra este exhausto y mísero Tesoro peninsular? ¿este Tesoro sobre el que pesan los intereses escandalosos de la deuda, no menos escandalosos que impacientes,—este Tesoro que no logra, a pesar de los empréstitos constantes que realiza, cumplir con las obligaciones que marca el presupuesto de la Península?

No podría en verdad, el Tesoro de la nación, que no puede cubrir las más urgentes necesidades de España, sostener aquellos crecidísimos gastos de la guerra de Cuba, allí donde la guerra absorbe cantidades tan considerables, mucho más considerables aun cuando hubiese de sostenerla con dinero del Continente, que en manera alguna podría guardar relación con la rápida formación y fecundos intereses de los capitales americanos.

¿Realizaría un nuevo empréstito España para sofocar la

guerra de Cuba? Lo realizaría, tal vez; pero, atendiendo a la extraordinaria falta de relación entre los exorbitantes gastos de guerra en la Antilla y el capital de Europa, por crecido que fuera el empréstito—y no anda por cierto seguro de sobra de crédito el español para que pudiese lograrlo muy crecido—, no bastaría al mantenimiento de la guerra durante todo el tiempo necesario para la derrota completa de la revolución, si es que alguna revolución puede ser derrotada.

El empréstito no lograría sostener la guerra. Ayudaría entonces a sostenerla el espíritu peninsular antillano, reanimado de seguro ante el aumento del Tesoro para los gastos de la lucha. Pero la guerra seguiría, como a pesar de las inmensas sumas invertidas hasta hoy, y el número considerable de cadáveres sepultados en la Isla, sigue indomable y potente; los recursos del empréstito concluirían, volvería la desanimación de los peninsulares, y tornarían las cosas de nuevo al estado en que hoy tan pesadamente se mueven, y aumentando el oscuro porvenir de esta tierra con un empréstito más. Y cuenta que todo esto podría suceder habiendo soldados que lucharan.

\*

Difíciles y sombríos son los problemas que al Gobierno afligen en la cuestión de Cuba; pero sólo son sombríos y difíciles en tanto cuanto el Gobierno no tenga la virtud de la resignación y la energía de la virtud.

No repito ya que sea fratricida e impía la guerra de la República Española contra Cuba, no quiero repetir que es ahora más que nunca execrable e infausta; no quiero decir más, que temo que a la honra legítima y sagrada se sobreponga una vez más el clamoreo de la honra de oro; ni diré tampoco que, en honradez y justicia, el Gobierno no puede dar a la cuestión cubana más solución que aquella que unánime e inflexiblemente le señala el pueblo indomable de Cuba. Ni he de preguntar más al Gobierno si alguna vez no se confunde, si algún momento no se espanta, si en ciertos instantes no siente deseos angustiosos de morir, cuando piensa que sigue enviando españoles a que mueran, que siguen muriendo por conquistar un derecho supremo los republicanos de Cuba; que él podría con valor in-

signe y glorioso terminar tanto dolor, que ya es culpa suya toda la sangre que se vierta!

¡Ah! Pero el esfuerzo supremo es la independencia de Cuba!

¡Sí! Es la independencia; castigo tremendo de vuestros seculares errores de colonización, de vuestra política absolutista de conquistadores en tiempo de libertad, de vuestra opresión sin límite en lo dura, y sin descanso en lo cruel. ¿Cómo os atrevéis a combatir en los demás, como culpa, que combatan una culpa que fué vuestra, que como vuestra culpa reconoció?

Sí. Es la independencia el esfuerzo supremo de mi patria, porque se siente unida en una aspiración, fuerte, compacta, potente, ilustrada, rica, amada, requerida por la más fecunda prosperidad; y España dividida, desmembrada, en la política desmoralizada, en la administración corrompida, en la industria atrasada, en el comercio pobre, en todo devastada y decaída, no puede llevarla allí donde sus fuerzas vírgenes la arrastran, allí donde el comercio y el cuidado de un mundo nuevo y floreciente la atraen con invencible poder.

Sí. Es la independencia la aspiración unánime de Cuba, porque Cuba no quiere subyugar su vida joven y robusta a la vida débil y roída que arrastra la nación en el Continente; porque no quiere verse de nuevo sujeta, como España, a que un cambio político la arranque sus derechos como provincia española, si admitiera serlo, y la vuelva al estado mismo de postración y de riqueza infame en que la dominación de España la sujetaba y oprimía.

Potente, vigorosa, rica, ¿cómo pretendéis con razón que se someta a un país que ni prosperidad, ni vigor, ni potencia le brinda, porque en vano los busca para sí?

La monarquía pagó sus pecados inmensos con su caída del trono. Justo es que España pague sus pecados coloniales con la independencia de mi país, que no supo administrar ni hacer feliz, que ha devastado y ensangrentado sin piedad y sin compasión en la guerra.

\*

Y ¿no creéis justo que recojáis vosotros el fruto de los pecados de la monarquía, vosotros que habéis trabajado por la ventura de vuestra patria?

Pues ¿cómo os atrevéis a tachar de injusticia que nosotros pretendamos recoger el fruto de vuestros pecados coloniales —pecados que no tenéis medio alguno de corregir—, nosotros que hemos trabajado por lo que entendemos que es la ventura y la prosperidad de Cuba?

## LAS REFORMAS

Cuando Cuba estaba en paz, cuando la crueldad no la había exasperado por completo, cuando las divisiones no se habían ahondado, cuando los principios no se habían ahogado en sangre, eran lógicas, necesarias, imprescindibles las reformas. Así lo reconocen hoy los que se arrepienten de no haberlo conocido antes.

Ahora que la opresión ha provocado la guerra, ahora que la exasperación es completa, ahora que el cadalso ha sido la compasión, la crueldad el aspecto único, la sangre la única razón, todo se ha extremado, todo ha crecido, todo se ha precipitado; ahora es lógica, es necesaria, es imprescindible la independencia. Reconózcanlo así los que no creen, para que luego no se arrepientan por no haberlo reconocido antes.

Y es duro y es tremendo tener que arrepentirse de no haber sido justo, cuando la justicia podía evitar la muerte de los hombres.

\*

La independencia es necesaria. No pasan en vano las revoluciones por los pueblos. No puede un pueblo enérgico ser igual a un pueblo al que falta la energía; no puede ser el mismo el estado de un país devorado en silencio por la sinrazón, al país potente y vigoroso que se ha lanzado a las armas, y las ha sostenido, y las ha arrancado, para pelear, de las manos de sus enemigos,—y fué generoso con ellos, y vió que eran crueles para él, y dió libertad a los prisioneros, y vió que mataban a los suyos, y vió que le devolvían cadáver a aquel que habían mandado como mensajero de paz, y supo luego que habían violado sus mujeres, y asesinado a sus hijos, y matado a sus ancianos, y

*1º se perdieron  
reformas: la  
patria no tu  
go caso. Hoy  
solo cabe  
la independ  
deverdad*

henchido de espanto todo aquello que había sido para él felicidad y respeto y alegría.

Pues si las revoluciones no pasan en vano por los pueblos, si un pueblo antes de la revolución no puede ser después de ella como era, si no puede olvidarse jamás una revolución ensangrentada, ¿cómo ha de ser ahora lógica—en situación distinta—la solución que lo era entonces? ¿Cómo, si las reformas eran entonces necesarias, han de ser bastante ahora?

Pasarían entonces en vano las revoluciones para los pueblos.

\*

Cuba quería antes las reformas, avisaba a España de su necesidad, marcaba a España la manera de conservarla todavía. Cuba, antes de lanzarse a la lucha, avisó a España que iba a luchar.

España creyó que podía burlarse aún de la exasperada Antilla; creyó que la necesidad imprescindible puede vivir mucho tiempo de la prudencia; creyó que los dolores desgarradores y supremos se curan con las promesas de esperanzas, promesas crueles que arrojaban de las Cortes a los diputados, que hacían alarde culpable de fuerza cubriendo con una contribución crecidísima la petición cariñosa de libertad, promesa como aquella de abolir la esclavitud en las Antillas, cobardemente convertida en Puerto Rico en la manera de eludir la promesa por tres años.

Entonces, para curar el despecho, para no irritar a los prudentes, para no exaltar a los generosos, para dar al fin un tanto de ventura al que con tanta mansedumbre la pedía, eran las reformas para Cuba sistema de imprescindible aplicación. Entonces...

Pero el despecho fué irritado, la justicia fué olvidada, la mansedumbre escarnecida, la Isla más vejada. Y como consecuencia lógica, y como necesidad justificada, y como razón única ante la insolencia de la crueldad, Cuba exigió por las armas lo que pidió en vano por la paz, Cuba exaltó a sus hijos en la necesidad de su ventura; Cuba creyó que la energía podría lograr del dueño aquel intento justísimo que la paz no había logrado.

España llamó entonces a la justicia traición, a su ambición causa sagrada, a las necesidades de Cuba, infamia de sus hijos.

España no quiso reconocer nunca que para los hombres que nacen en la tierra en que el cielo se parece tanto a la libertad, vida de libertad es la única que asegura la paz y el amor.

Cuba tuvo que alzarse en armas para conseguir de España las reformas.

La España monárquica ahogó en sangre las peticiones de Cuba, como la España republicana las ahoga ahora; y esto es vergüenza e indignidad para la República.

Lógico es que Cuba se alce ahora en armas para conseguir su independencia.

Lógico es que Cuba pida su independencia, ahora, alzada sobre los cadáveres a que España ha arrebatado la vida porque combatían por la libertad.

\*

Es lógica terrible para España, pero es lógica.

Y las reformas eran justas. Eran justas todas las que Cuba pedía, eran justas muchas reformas más, porque Cuba no llegó a pedir nunca todas las reformas que hoy pide para Cuba un ministro español.

Luego aquella causa era santa; luego el gobierno sabe que ha matado a unos mártires; luego está cerca de la infamia el gobierno que lo sabe y los mata; luego los cubanos que han muerto, han muerto asesinados; luego es espantoso que se les quiera seguir asesinando.

¡Ah! El gobierno no tiene medios para evitarlo. Triste gobierno que no tiene potencia para evitar que se mate; que no tiene energía bastante para evitar su vergüenza.

¿Acaso un gobierno puede dispensarse de ser honrado porque es gobierno?

¿Acaso hay consideración que valga más que la honra?

¿Acaso Salmerón no pide para Cuba lo mismo que Cuba ha pedido, casi todo lo que Cuba pide hoy?

¿Acaso Salmerón no entiende que Cuba ha llegado a su período de emancipación, como han llegado todas las colonias que saben morir durante cuatro años ante el ejército numeroso de

una potencia que no los vence, ni los doblega, ni humilla, ni altera su decisión?

¡Ah! Cuando se quiere ser libre, es infamia combatir a los que han merecido serlo, es infamia combatir a la libertad.

\*

Yo iba a decir que las reformas eran ya tardías.

Si antes de la Revolución eran justas, si eran necesarias antes de que existiese la Revolución, después de la Revolución era necesario algo más que las reformas.

Y si el reconocimiento tardío de la necesidad ha traído la situación de mi patria a extremo tan lamentable para España, ¿por qué se empeña en hacerlo más lamentable todavía, no queriendo reconocer lo que ha de reconocer al fin?

¡Nación triste, condenada a verter siempre la sangre de sus hijos en empresas de violencia y de opresión!

\*

La República vive, y en Cuba se mata en su nombre.

¡República tenebrosa esta que mata todavía por algo que no sea su propia independencia, causa única para que una guerra republicana sea honrada y santa!

\*

Cuba ha pensado así. Cuba cree ya que la independencia es su única ventura, su único deseo, su única necesidad. ¿Qué va a hacer España ante esta enérgica resolución?

Comprendo que pretenda disuadirla, aunque sé yo que no la disuadirá, y pretendiéndolo será honrada todavía.

Pero no comprendo que siga combatiendo en América a los que luchan por lo que ella luchó en Europa.

No comprendo que la obstinación de una República valga la muerte de tantos hombres.

No comprendo que ante la verdadera honra española, valga la posesión de Cuba para España más que la vida de sus hijos, más que el acatamiento a la justicia, más que la necesidad de no ser opresora, más que el triunfo de todas las augustas ideas republicanas.

La tranquilidad es imposible: el silencio es criminal.

¿Quiere España conservar a Cuba? Sólo podrá conservarla por derecho de conquista, por derecho de fuerza, por el exterminio de sus hijos, por la devastación de la comarca,—“sólo así podrá conservarla”.

Y no—¡no!—, no será tan infame la República que lo quiera.

JOSÉ MARTÍ.

IP

PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA